

“ENTRE TODO LO MALO, ALGO BUENO HABÍA”: EL FÓGON COMO FORMA DE RESITENCIA EN LOS INICIOS DEL AGRONEGOCIO DE UVA DE EXPORTACIÓN

CLAUDIA CERDA BECKER⁴⁴

ALEJANDRA ROJAS DEL CANTO⁴⁵

ISIDORA BARRÍA BELTRÁN⁴⁶

RESUMEN

El siguiente artículo profundiza en las prácticas de solidaridad que permitieron sostener a las mujeres temporeras que ingresaron a trabajar al agronegocio de uva de exportación, durante la década de los ochenta, en plena Dictadura en el Valle de Elqui, norte de Chile; en un momento de expansión salvaje del capitalismo en el agro. La metodología utilizada fue de carácter cualitativa, buscando integrar dos momentos de investigación (2017- 2019) y (2023 en adelante). El análisis de las relaciones y afectos creados entre las mujeres temporeras -de inicios del agronegocio- nos permitió concebir el espacio íntimo - afectivo compartido como un espacio político que vinculó las prácticas de resistencia con los actos de cuidado colectivo y personal, favoreciendo así la visibilización de las interconexiones existentes entre las estrategias de solidaridad y la organización colectiva formal impulsada por mujeres del territorio durante las décadas posteriores. Es así como se plantea que el nuevo orden de acumulación capitalista y apropiación se configuró también en un espacio de disputa en el cual las mujeres lograron construir sus propias formas de resistencias y emancipación basadas en el cuidado mutuo.

PALABRAS CLAVES: expansión capitalismo; resistencia; cuidados mutuos

ABSTRACT

The following article delves into the solidarity practices that sustained seasonal women workers who entered the export grape agribusiness during the 1980s, amidst the dictatorship in the Elqui Valley, northern Chile; a time of rampant capitalist expansion in agriculture. The methodology used was qualitative, seeking to integrate two research periods (2017-2019) and (2023 onward). The analysis of the relationships and emotions created among seasonal women workers—from the early days of agribusiness—allowed us to conceive of the shared intimate-affective space as a political space that linked practices of resistance with acts of collective and personal care, thus fostering the visibility of the interconnections between solidarity strategies and the formal collective organization promoted by women in the region in subsequent decades. This is how it is argued that the new order of capitalist accumulation and appropriation was also configured in a space of dispute in which women managed to construct their own forms of resistance and emancipation based on mutual care.

KEYWORDS: capitalist expansion; resistance; mutual care

⁴⁴ Instituto de Estudios Psicológicos, Universidad Austral de Chile

⁴⁵ Antropóloga, Investigadora Independiente

⁴⁶ Licenciada en Psicología, Universidad Austral de Chile

Introducción: Coordenadas de escritura

El siguiente artículo busca integrar dos momentos de investigación, reconectando las hebras/hilos de una primera instancia (2017 - 2019) realizada en el contexto de mi tesis doctoral que se centró principalmente en las condiciones de trabajo y de vida de las mujeres en el agronegocio de uva de exportación y, una segunda investigación (2023 en adelante) que estamos llevando a cabo en el marco del Fondecyt Regular N° 1231710⁴⁷, el que se focaliza, entre diversas temáticas, en los procesos de trabajo de las cadenas logísticas y su reestructuración neoliberal en los territorios.

En este escenario, en el presente artículo, inspirado en la narración en capas de Carol Rambo (1995⁴⁸), buscamos integrar distintas voces y temporalidades para dar luz a aquello -muchas veces invisibilizado- que, dice relación, con las prácticas de solidaridad que permitieron sostener a las mujeres temporeras que ingresaron a trabajar al agronegocio de uva de exportación en plena Dictadura en el Valle de Elqui, norte de Chile. Esto en un momento de expansión salvaje del capitalismo en el agro, marcado por la violencia estatal, que implicó, la apropiación de la tierra/ agua, así como la expulsión de miles de campesinos/as y trabajadores/as rurales que se quedaron sin los medios necesarios para subsistir.

En este sentido, proponemos que centrarse en el análisis de las relaciones y afectos creados entre las mujeres temporeras -de inicios de la década de los ochenta- permite concebir el espacio íntimo - afectivo compartido como un espacio político que vinculó las prácticas de resistencia con los actos de cuidado colectivo y personal, haciendo - de este modo- visible las interconexiones existentes entre las estrategias de solidaridad y la organización colectiva formal impulsada por mujeres del territorio durante las décadas posteriores. Es así como se plantea que el nuevo orden de acumulación capitalista y apropiación se configuró también en un espacio de disputa en el cual las mujeres lograron construir sus propias formas de resistencias y emancipación basadas en el cuidado mutuo.

El presente artículo, lo organizamos en dos partes que se entrelazan y buscan complementarse mutuamente para una mejor comprensión. En primer lugar, realizamos una contextualización de la expansión del agronegocio de uva de exportación en el territorio, identificando el impacto que éste tuvo: en el cambio de patrón de empleo, así como en las condiciones laborales imperantes. Para posteriormente, profundizar en las prácticas y gestos cotidianos de solidaridad y complicidad entre las mujeres de aquella época para luego adentrarnos en la descripción de la práctica del fogón en tanto tiempo/

47 “Las transformaciones de las cadenas logística y del proceso de trabajo en la reestructuración neoliberal de los puertos y los territorios del centro-sur de Chile: (1970-2022)”, cuyo investigador responsable es Hernán Cuevas.

48 La narración en capas es “una técnica de relato etnográfica posmoderna que materializa, de un solo golpe, una teoría de la conciencia y un método para la presentación de informes (RAMBO, 1995). En donde, existe una yuxtaposición entre una capa de narración y una capa analítica de manera secuencial” (Lovera Montilla 2021:2).

espacio que encarna este entramado de afectos y complicidad que sienta las bases, esa es nuestra propuesta, para una posterior organización colectiva de las mujeres temporeras en el territorio.

1. Contextualización: Instalación del agronegocio de uva de exportación en el Valle de Elqui (década de los ochenta)

El proceso de expansión capitalista en el agro implicó, por una parte, la colonización de la tierra/ agua, así como la expulsión de miles de campesinos/as y trabajadores/as rurales que se quedaron sin los medios necesarios para subsistir (Kay 1981, Jarvis 2004). Específicamente en el Valle de Elqui la compra de tierras se dio principalmente en los años 80 y estuvo concentrada en manos de grandes empresas que se instalaron en la región con la finalidad de producir sólo uva de exportación (Venegas 1992).

En este sentido, la apropiación de la tierra/ agua favoreció la configuración de un nuevo espacio de acumulación capitalista caracterizado por el agronegocio de exportación. Tal como lo muestra la siguiente tabla, la instalación del agronegocio en el territorio implicó un cambio en el uso del suelo, así como en la especialización de los cultivos y el número de hectáreas destinadas a la producción de fruta.

Tabla 1: Hectáreas destinadas al cultivo de frutas (1961 -1986)

	Valle de Elqui	
	1961	1986
N° de hectáreas destinadas a frutas	1.286	2513
Cultivo predominante	Uva 47,7%	Uva 83,6%
Tasa de crecimiento de la superficie frutal	-1,1%	17%

Fuente: Venegas 1992

De este modo, la expansión frutícola en el Valle de Elqui fue “súbita, acelerada y concentrada en el tiempo” (Venegas 1992:34) lo que se tradujo en un aumento considerable de las hectáreas destinadas a la producción de uva de mesa de exportación producto del cambio en la estructura del uso del suelo y la expansión de la frontera agrícola. Este cambio implicó, por una parte, la transformación en el patrón tradicional de cultivos anuales (centrado en la producción de hortalizas para el mercado local y nacional) a la producción de parronales de uvas destinadas al mercado externo, así como a la ampliación de los límites agrícolas por medio de la incorporación de áreas que eran consideradas improductivas por encontrarse sobre la cota de riego de los canales (Rovira 1993, Murray

2002).

El marcado predominio del cultivo de uva de mesa de exportación, da cuenta de la alta especialización del territorio estudiado, en el que se produjo un evidente reemplazo de los cultivos anuales por monocultivos de carácter estacional orientados al mercado externo (Murray 1999). Este proceso de reestructuración también es relatado por los/as entrevistados/as quienes dan cuenta de la diferencia entre un “antes y después” de la llegada del agronegocio de exportación al Valle. En este sentido se refiere que antiguamente existía una gran diversidad de cultivos que fueron reemplazados por parrones de uva de mesa. Alimentos que no sólo se destinaban al comercio, sino que también a la alimentación familiar. Es así como se señala que antes “había puras legumbres no más po, habían ají, zapallos, porotos, papas, habas, tomates...” (Trabajador Permanente, 2017) y “ahora como que no existe la verdura porque hay pura parra. Todo lo que era frutos lo pusieron pura uva (...) y era tan lindo antes, porque en un huerto había duraznos, peras, ciruelas, de todas las frutas y ahora no hay nada” (Alicia en Bujes y Espinoza 2015:110-111).

Cambio en el patrón de empleo: Feminización de la fuerza de trabajo

Estas transformaciones en el agro también trajeron consigo un cambio en el patrón de empleo, que implicó una fuerte feminización de la fuerza de trabajo (Valdés 1987, Venegas 1992, Kay 1995, Barrientos et al 2000, Chonchol 2006). Al respecto cabe mencionar, que las mujeres ingresaron en peores condiciones laborales que los hombres, evidenciándose una distribución diferenciada de vulnerabilidades en desmedro de éstas. Es así como se evidencia que las mujeres se encontraban (y aún se encuentran) más expuestas que los hombres a la estacionalidad de los empleos (Valdés 1998). Esto en la medida que casi la totalidad de las mujeres que ingresaron a trabajar, durante la década de los 80, lo hicieron en calidad de trabajadoras temporales (96,1%), conformando -además- la mayoría (62,4%) de quienes trabajaban en esta categoría ocupacional. Junto con esto, las mujeres presentaban (y aún presentan) una mayor tasa de cesantía, lo que las obligaba a pasar periodos de tiempo más prolongados -que los hombres- sin una ocupación remunerada (7,4 meses). Esta situación colocó a las mujeres en una posición de mayor vulnerabilidad en tanto las expuso - de forma más prolongada- a la inestabilidad del vínculo laboral, así como a la informalidad. De igual modo, la exclusión cíclica de la economía formal no sólo implicó una disminución de sus ingresos, sino que también la falta de “cobertura de muchos servicios sociales básicos tales como salud, previsión social y seguridad laboral (Cid 2001:13)”.

Asimismo, las mujeres se encontraban, en mayor proporción que los hombres expuestas a

jornadas de trabajo más extensas, así como a una mayor variabilidad del pago en tanto las tareas de limpieza y embalaje (las cuales eran realizadas casi en su totalidad por mujeres) eran pagadas a trato o destajo. Si bien esta modalidad de pago -sujeta al rendimiento individual- podía implicar un aumento en los ingresos percibidos (durante los meses trabajados), esto se lograba sólo a través de la intensificación del trabajo y la extensión de la jornada laboral, afectando directamente la salud y calidad de vida de las mujeres (Venegas 1992, Valdés 1995, Valdés 2014). Es así como para ganar más dinero “había que matarse trabajando”, “hacerse pedazos los hombros” o “amanecerse trabajando hasta las 5 de la mañana” (Trabajadora de Temporada, 2017).

Al respecto, cabe mencionar que la incorporación al trabajo remunerado no implicó la liberalización de las tareas domésticas en tanto el ingreso de la mujer al mundo productivo no vino acompañado de una distribución de las tareas al interior del hogar. Esto las colocó en una posición de mayor desventaja en comparación a los hombres. Esto en la medida que mientras trabajaban asalariadamente debían cumplir una doble jornada que se traducía, en una “sobrejornada de tres horas diarias, que es el promedio de tiempo que las temporeras dueñas de casa dedican al quehacer del hogar” (Venegas 1992:229). Junto con lo anterior, se evidencia que las mujeres tampoco fueron liberadas de las tareas de cuidado ya que, si una mujer ingresaba a trabajar remuneradamente, por lo general, era otra mujer la que debía asumir el cuidado de sus hijos/as.

Condiciones laborales del nuevo modo de producción

La instalación del agronegocio en el territorio se caracterizó por condiciones extremadamente duras, como fueron: el traslado inhumano de las/os trabajadoras/es, la ausencia de infraestructura básica como baños y comedores, así como tratos denigrantes hacia las mujeres. En este contexto, son comunes los relatos que refieren que, durante este periodo, las empresas no tenían una infraestructura adecuada, siendo habitual que los/as trabajadores/as tuvieran que comer en el suelo y no contaran con instalaciones sanitarias ni con agua potable para beber durante la jornada de trabajo. En este sentido, se señala que “en ese tiempo no había nada de comodidades como pa’ la mujer temporera, teníamos que ir a los baños detrás del eucalipto (...) no había baño, no había para comer, comíamos en el suelo” (Trabajadora de Temporada, 2017). Igualmente, se refiere que “uno antes tenía que ir a buscar agua al río, porque no llevaban agua o uno tenía que llevar de la casa” (Adelina en Bujes y Espinosa 2015:103-104).

Asimismo, se relata que las empresas no contaban con transporte adecuado, por lo que los/as trabajadores/as eran trasladados/as -en palabras de los propios temporeros/as- “como

animales” en tractores o camiones, siendo común escuchar historias de accidentes, así como de situaciones en las cuales arriesgaban su vida por la falta de seguridad. Del mismo modo, se carecía de una normativa para el uso de pesticidas, los cuales eran aplicados sin los implementos necesarios y sin tomar las precauciones adecuadas. Es así como la aplicación de agrotóxicos se realizaba sin importar que los/as trabajadores/as estuvieran “comiéndose el pancito” o trabajando en los cuarteles aledaños, siendo habitual que los/as trabajadores/as sufrieran intoxicaciones producto del contacto con plaguicidas. Al respecto Alicia refiere:

Una vez sentía que me ardía la cara, que los labios me picaban y le avisamos que nos daba como bochorno en la cara y estaban aplicando veneno y el viento llevaba unas chispitas del agua con veneno y llegaba en la cara. Estábamos en la parra nueva, la parra chica, estaba amarrando y al frente estaban las parras viejas grandes, entonces aplicaban muy rápido con los tractores y saltaba, nos daba ganas de vomitar, todo el grupo que habíamos de seis (en Bujes y Espinosa 2015:115).

Durante este periodo también se dan una serie de incumplimientos por parte de las empresas que dicen relación con la extensión de la jornada de trabajo, la formalización de la relación laboral y el pago de la seguridad social. En este contexto, se refiere que la jornada de trabajo podía extenderse por más de doce horas diarias en tanto las mujeres trabajaban hasta las 3-4 de la madrugada embalando fruta, para luego volver a sus casas a descansar, para después comenzar a trabajar nuevamente a las 9 de la mañana. En este sentido, la experiencia de trabajo estaba marcada por el sacrificio y la degradación de los cuerpos producto del prolongado esfuerzo físico. Al respecto, Nelly relata: “porque trabajé, esforzada con mis compañeras, aquí con las cajas, nos hacíamos pedazos el hombro y se ganaba plata a trato, pero lo que nos pagaban al día era muy poco...” (Trabajadora de Temporada, 2017). Asimismo, refiere que “todas, yo creo que todas estamos enfermas. Sí, por el trabajo muy esforzado que tenemos nosotros como mujeres. La fuerza del trabajo” (Nelly en Bujes y Espinosa 2015:63).

Junto con lo anterior, se señala que muchas empresas no realizaban contratos de trabajo, lo que afectaba directamente el pago de cotizaciones a la seguridad social o, en otras ocasiones, si bien se contrataba formalmente, igualmente no se realizaba el pago correspondiente. En este contexto, muchas temporeras refieren que sólo después de muchos años se enteraron que no contaban con sus imposiciones al día. Tal es el caso de Gladys, una entre muchas trabajadoras, quien relata que después de 12 años se dio cuenta que su empleador no le “había pagado ningún año de los que había trabajado” (en Bujes y Espinosa 2015:81).

Al respecto también se señala que muchas veces, por desconocimiento y necesidad económica, se acordaba con el empleador el no pago de imposiciones, lo que aumentaba

el salario líquido recibido por los/as trabajadores/as durante la temporada. Al respecto Aurora relata que “no sabíamos qué iba a pasar después po’, no teníamos idea cómo a veces la ignorancia, que a veces uno no tiene todo el estudio pa decir: “ah no, estoy mal” (...) y después vienen las consecuencias” (Trabajadora de Temporada, 2017).

Junto con lo anterior, durante este periodo se implementaron una serie de estrategias por parte de las empresas que buscaron una gestión flexible de la mano de obra, lo que llevó al reemplazo casi total de la fuerza de trabajo permanente por mano de obra temporal. En este sentido, la legislación introducida durante la Dictadura cívico militar permitió que los empleadores tuvieran un amplio margen de acción para establecer los términos bajo los cuales los/as trabajadores/as podían ser contratados y despedidos sin derecho a indemnización (López 2002). Asimismo, la legislación vigente permitió que los empleadores pudieran determinar el salario, la duración, así como la distribución de las horas de trabajo.

Las prácticas de selección y contratación implementadas por las empresas favorecieron la conformación de una “planta de trabajadores/as temporales” (Venegas 1992) que cada temporada volvía a trabajar al mismo lugar. Esto facilitaba la generación de un vínculo precario e informal con las empresas que traspasaba el periodo de la temporada. Para las mujeres lugareñas (en mayor medida que para los hombres, debido a las limitaciones para encontrar empleos alternativos), esto se traducía en la esperanza de mantener el empleo y ser recontratadas a la temporada siguiente (Venegas 1992). En este escenario, las propias trabajadoras relatan que era difícil que se atrevieran a reclamar por miedo a perder el empleo o que no las volvieran a llamar a la temporada siguiente, siendo común que se quedaran calladas frente a los “malos tratos de los supervisores” o las humillaciones a las que se veían sometidas. En este sentido, bastaba “un solo grito, se acobardaban y volvían todas a trabajar” (Trabajadora de Temporada, 2018).

Las mismas temporeras refieren que la falta de conocimiento, así como la necesidad económica favorecieron a que estuvieran más dispuestas a aceptar cualquier condición de trabajo con la finalidad de contribuir al ingreso familiar. Al respecto, se torna necesario recordar que la incorporación de la mujer al agronegocio se produjo en un contexto de una profunda expansión capitalista que en el agro implicó, por una parte, un acceso limitado de los campesinos a la tierra -lo que aumentó la dependencia al ingreso salarial- así como una reestructuración del mercado laboral, que se tradujo en: una fuerte disminución de los empleos permanentes masculinos y un significativo aumento de los empleos estacionales. Esta situación se vio agravada con el retiro de la asistencia social proporcionada por el Estado, así como con la crisis de 1982 en tanto se produjo un aumento del desempleo, así como una disminución de los salarios, evidenciándose una fuerte pauperización de los

campesinos y asalariados rurales (Valdés 1987, Gómez 1988, Lago 1992, Barrientos et al 2000).

En este contexto de “pobreza rural y deterioro generalizado de las condiciones de vida” (Lara 2011:89) no es de extrañarse que las mujeres quisieran cuidar el precario vínculo que mantenían con las empresas de exportación. Tal como lo evidencian los siguientes relatos de temporeras de aquellos años: en “tiempos humildes” lo más importante era conservar el trabajo.

Ya sea en terreno o en packing, pasamos todas por lo mismo, que uno llega a la hora de trabajar y sale tarde. A lo mejor, nosotras somos más —no sé ahora—, antes era como más humilde la mujer de acá del valle (...) en el tiempo más humilde sí costaba reclamar (Adelina en Bujes y Espinosa 2015:106).

Antiguamente uno se dedicaba más al trabajo y no tenía información de esto, a donde se podía hablar o exigir lo que uno necesitaba en ese tiempo. No teníamos mucha comunicación de esas informaciones. A la actual de hoy, que hay reclamos. Yo sé que era más por conservar su trabajo y ahora no, hasta la locomoción ahora es diferente, puede reclamar uno sus derechos, antes no tenía derechos (Margari-ta en Bujes y Espinosa 2015:90).

En este sentido, el control y disciplinamiento de la fuerza laboral, especialmente de las mujeres, no sólo se ejercía a través del control autoritario directo, sino que también a través del miedo a perder el empleo, lo que se veía favorecido por el contexto sociopolítico e institucional de la época. Asimismo, la facultad de los empleadores para imponer su voluntad unilateralmente, también se veía resguardada por la legislación vigente, la que limitaba la capacidad de los/as trabajadores/as para incidir en las decisiones en tanto dificultaba la conformación de sindicatos a la vez que prohibía la negociación colectiva para los/as temporeros/as. De igual modo, la pobreza rural y la represión política de la época atentaban directamente contra cualquier posibilidad de organización formal en el sector agroexportador.

2. Prácticas de resistencia: del cuidado mutuo a la organización colectiva: Aproximaciones metodológicas

A pesar de la crudeza de la situación a la cual se vieron sometidas las mujeres a inicios de la década de los 80, y de la imposibilidad de conformar sindicatos producto de la

represión política⁴⁹, era posible escuchar en los relatos de las temporeras entrevistadas (que trabajaron en aquella época) alusiones referidas a que: “entre todo lo malo, algo bueno había”. Frase que contrastaba fuertemente con lo descrito en el apartado anterior, a saber, un nuevo modo de producción (el agronegocio de exportación) que había traído consigo: condiciones inhumanas de trabajo, tratos denigrantes; en fin, un sistema de opresión que degradaba soterradamente los cuerpos y vidas de las mujeres del valle. De este modo, junto a todo el dolor vivenciado y las historias de denigración aludidas, aparecían una serie de recuerdos/ memorias/ prácticas que nos hablaban de una forma de relación diferente entre las mujeres trabajadoras. Relato que emergía casi como un mundo paralelo a la violencia que experimentaban cotidianamente. Un mundo de solidaridad/ un tiempo- espacio- relación que permitió que las mujeres pudieran sostenerse en este modo de producción/ dominación que rápidamente se fue asentando durante la Dictadura cívico militar en el territorio.

Estas frases resonaron fuertemente en mí, siendo un impulso para que en un segundo momento (2023 -2024), en el marco de la investigación del Fondecyt, pudiéramos seguir profundizando en un esfuerzo por desentrañar las hebras de aquellas vivencias referidas. Esto en un intento de poner en valor nuevas comprensiones y formas de entender las resistencias que no nieguen lo descrito anteriormente (condiciones laborales impuestas por el agronegocio), sino que; por el contrario, que permitan visibilizar y darle centralidad a las prácticas o gestos cotidianos que pujaron silenciosamente por subvertir la dominación impuesta. En este contexto, nos propusimos indagar en aquellas prácticas y gestos invisibilizados y acallados que permitieron que las mujeres lograsen sobrevivir a las extenuantes temporadas de cosecha, sosteniéndose colectivamente ante las injusticias, los malos tratos, así como a las demandas excesivas de producción. Esto en el entendido (y posicionamiento) de que, todo orden de dominación implica necesariamente la generación de estrategias de resistencias colectivas (Arruzza y Bhattacharya 2020, Cruz Hernández 2023, Gago 2019, Gutiérrez y Navarro 2019, Pérez y Gil 2020) y que los afectos y cuidados son parte de un mismo continuo interconectado con las resistencias e indignación (Ulloa 2021). En este contexto entendemos, las prácticas y gestos cotidianos de solidaridad y complicidad como la potencia o “despliegue de un contrapoder (incluso de un doble-poder) (...) de un poder de otro tipo: invención común contra la expropiación, disfrute colectivo contra la privatización y ampliación de lo que deseamos como posible aquí y ahora” (Gago 2019:9).

49 Los/as propios/as temporeros/as refieren que durante la década de los ochenta era difícil que se conformaran sindicatos en tanto cualquier intento era “inmediatamente socavado y los trabajadores/as despedidos” (Representante Sindicato, 2018). En este sentido, los/as trabajadores/as “eran catalogados de subversivos”, lo que dificultaba que después pudieran encontrar trabajo. Asimismo, la política de terror imperante llevó a que la “gente tuviera miedo de hacer sindicatos” y de plantear libremente sus demandas.

Considerando lo anterior, adherimos a una práctica afectiva de investigación lo que nos impulsa a reconocer el rol de los afectos, no sólo en el sentido de la incorporación de las emociones, sino que también dando lugar a la reflexión acerca de cómo estamos siendo afectadas y, a la vez, afectamos durante el proceso investigativo (Calixto 2022). De igual forma, creemos en la necesidad de establecer, a través del encuentro y el diálogo, un intercambio horizontal y recíproco que permita la generación de conocimiento situado (Haraway 1988, Corona y Kaltmeier 2012), favoreciendo así posicionamientos políticos-epistémicos que den espacio a que otras voces, muchas veces no autorizadas, sean las que hablen (Rangel 2023). De este modo, pulsamos por la producción de conocimiento conjunto que apunte a la transformación social que permita profundizar en nuevas formas de comprensión, así como vislumbrar otros futuros posibles (Cruz Fernández 2021).

En el intento por poner en práctica lo anterior, realizamos 10 entrevistas en profundidad a mujeres temporeras que hubieran trabajado en los inicios del agronegocio de uva de exportación en el territorio (temporeras antiguas como se les llama), con el objetivo de (re)conversar y profundizar en algunos hallazgos de la investigación anterior⁵⁰, a saber, la visibilización de prácticas y gestos cotidianos de solidaridad y complicidad, así como el rol que éstas jugaron para su sobrevivencia. Posteriormente, sistematizamos la información y realizamos un primer análisis temático tentativo (Braun y Clarke 2006), el que presentamos y reflexionamos en conjunto con las mujeres entrevistadas. Esto nos facilitó la generación de un espacio de intercambio y profundización en el cual se fueron entretejiendo las diferentes vivencias en torno a las relaciones y afectos entramados por las mujeres en aquella época, permitiéndonos así ir identificando/ vislumbrando las interconexiones existentes entre las estrategias de resistencia y los actos de cuidado colectivo y personal.

A continuación, presentamos las prácticas y gestos cotidianos de solidaridad y complicidad para luego adentrarnos en la descripción de la práctica del fogón en tanto tiempo/ espacio que encarna este entramado de afectos y complicidad que sienta las bases, esa es nuestra propuesta, para una posterior organización colectiva de las mujeres temporeras en el territorio. Inspiradas en la narración en capas de Carol Rambo (1995), en el siguiente apartado buscamos integrar las distintas voces y temporalidades del proceso investigativo en su conjunto, no sólo en un intento de yuxtaponer la teoría y la empiria, sino que con el objetivo de poner en movimiento y hacer conversar los diferentes relatos y reflexiones con propuestas conceptuales que han surgido desde los feminismos contemporáneos y otros

⁵⁰La investigación realizada en el marco de la tesis doctoral: "Precarización y Precariedad en el Sur Global: el sector agroexportador en el Valle de San Francisco (Brasil) y en el Valle de Elqui/ Limarí (Chile) se caracterizó por una combinación de métodos de investigación (Mix Method), lo que permitió tener un abordaje cualitativo y cuantitativo del fenómeno en estudio. En este contexto se utilizaron fuentes secundarias (revisión de estadísticas y estudios realizados en los territorios de estudio) y fuentes primarias (observación participante y 80 entrevistas semiestructuradas, realizadas a: representantes de instituciones públicas, empleadores y trabajadores/as agrícolas). El trabajo de campo fue realizado entre 2017 - 2019 en el Valle de Elqui/ Limarí (Chile).

autores (Patiño 2023).

Prácticas y gestos cotidianos de solidaridad y complicidad

La mayoría de las mujeres entrevistadas que ingresaron a trabajar asalariadamente al agronegocio -durante la década de los ochenta- pertenecían a “familias extensas con un pasado agrícola y criancero” (Bujes y Espinosa 2015:49), siendo común que tuvieran que trabajar desde muy pequeñas para ayudar a la subsistencia familiar, realizando tareas como cosecha de hortalizas o cuidado del rebaño. Al relatar sus historias, las mujeres temporeras también refieren el contexto de pobreza en el cual vivían, en donde sólo contaban con el mínimo de bienes materiales, siendo poco habitual que alguien tuviera “su refrigerador, su tele” (Trabajadora de Temporada, 2017). Es así como las experiencias relatadas dan cuenta de un entorno de extrema carencia y necesidad económica, en el que, por ejemplo: no tenían camas suficientes, debiendo dormir de a dos, o las familias no contaban con el dinero necesario como para comprarle zapatos a todos los hijos/as. Al respecto Juana refiere: “les compraban zapatos a dos y después al otro mes le compraban a dos y así. Cuando le compraban a los otros, los que le habían comprado ya los tenían rotos...” (en Bujes y Espinosa 2015:95-96).

En este escenario, el agronegocio de exportación se presenta como la única posibilidad para que las mujeres del territorio, ingresaran a trabajar -muchas veces por primera vez- de forma asalariada, en tanto “era lo único que había, no se podía hacer otra cosa, no había otras oportunidades (Encuentro Temporeras 2024). El ingreso al mundo laboral durante los meses de cosecha, les permitió poder contribuir “al sustento del hogar” (Juana en Bujes y Espinosa 2015:95-96), ya que tal como señalan “todos teníamos que ir a trabajar porque necesitábamos dinero, para darles educación a los hijos, para salir de la pobreza. (Trabajábamos) por necesidad, en esos tiempos, éramos pobres, había que trabajar para llevar algo para la casa” (Encuentro Temporeras 2024). En este contexto, todas comparten una experiencia laboral marcada por el sacrificio y el sometimiento a condiciones, muchas veces, denigrantes de trabajo. Es así como se refiere que en ese tiempo “era violento ser mujer” y que el trabajo en las parras “significó: vulnerabilidad, injusticia, porque abusaban de tu persona” (Encuentro de temporeras 2024).

Tal como se mencionó anteriormente, junto a estas experiencias de dolor y humillación, surgían historias y relatos que nos hablaban de una forma de relación diferente entre las temporeras, caracterizada por el apoyo, la solidaridad, el cuidado mutuo y la complicidad. Entre susurros, comienzan a brotar hilos: recuerdos de resistencia, suspiros entre tanto llanto: manos que se entrelazan, hojas que cubren a las enfermas, fogones que calientan

el alma; una resistencia silenciosa, cotidiana, cariñosa entre mujeres que se acompañan cuando han querido arrebatárles todo y sólo la dignidad les permite mantenerse en pie, sostenidas en su desnudez.

En este contexto, el relato de Ana María es impactante, refiriendo que nunca se cayó del tractor en el que eran trasladadas cotidianamente, ya que entre todas se sostenían: anudando sus manos para afirmarse mutuamente. En sus propias palabras: “nos echaban arriba de un tractor y así nosotros con los pies colgando y nosotros mirábamos así para abajo, barrancos. Nunca me caí ahí porque nosotros con las otras compañeras era como que hacíamos un nudo todas, nos afirmábamos así, era como si nos caímos una, nos caímos todas” (en Bujes y Espinosa 2015:139). Este recuerdo nos lleva a resonar ampliamente con la propuesta de acuerpamiento de Lorena Cabnal (2015⁵¹) quien plantea que los cuerpos se autoconvocan para actuar colectivamente y resistir, para preservar la vida. El relato de Ana María, se transforma en una imagen literal y metafórica que nos permite visualizar cómo los cuerpos traspasan los límites individuales y se convierten en uno solo, entretejiendo las manos (enredándose unas a otras) para no caer, aferrándose a la vida sostenidas por la red construida por sus propias corporalidades anudadas. Una historia, que nos muestra, por una parte, la crudeza de las condiciones laborales imperantes, y que, por otro lado, nos permite vislumbrar la fuerza y potencia de la acción colectiva para asegurar la protección de las existencias; de los cuerpos que sí importan (Butler 2009, Gago 2019).

Una cualidad importante de las prácticas y gestos de solidaridad, es el cariño y apoyo mutuo que se encarna en un cuidado: continuo, permanente, cotidiano que dice relación con una preocupación genuina entre compañeras. Una actitud de estar atentas a las necesidades de las otras para poder apoyarse en caso de enfermedad o para compartirse cremas, agua y alimentos en caso de ser necesario, tal como refieren las temporeras: “sí, entre todas siempre, y entre las mujeres más que nada se apoyaban, sí. No sé: “pues, oye, sale, mira, tengo esta agüita, tengo esta crema, tengo esto, siempre”. Algunas llevaban cosas para comer, para compartir, le daban medicamentos cuando alguna estaba enferma o le decían: “quédate ahí sentada”” (Encuentro de Temporeras 2024). En este sentido, la solidaridad se materializaba en un acuerparse cariñoso en el cual el abrazo se convertía en palabra, lo que implicaba hacer comunidad con otras, involucrando procesos de cuidado y acompañamiento (Rea 2020), poniendo el cuerpo para quienes en ese momento lo requerían, confiando en la reciprocidad de las relaciones establecidas.

De igual modo, las prácticas de solidaridad actuaban como una forma de “resguardo” o protección frente al control directo por parte de la empresa. En este sentido, se relatan historias en las que las mujeres tomaban té sin que las vieran y escondían las tazas en

51 <https://suds.cat/experiencias/857-2/>

los delantales cuando pasaban los “jefes”; hacían turnos para dormir siesta debajo de los parronales o se tapaban unas a otras cuando querían ir al baño. En este contexto, la relación de complicidad entre las compañeras de trabajo emergía como una estrategia de sobrevivencia y de resistencia cotidiana (Scott 1985) que permitía que las temporeras pudieran sobrellevar el trabajo en la agroexportación. Travesuras, como las llamaba Ana María⁵² en las que se cuidaban unas a otras para poder burlar el sistema de control y disciplinamiento; acciones conjuntas que nos hablan del gozo de poder subvertir la dominación impuesta, lo que les permitía disfrutar de momentos de autonomía colectiva (sostenidos en la complicidad entre compañeras) así como erigir un contrapoder (Gago 2019) para colocar ciertos límites a la explotación.

Junto con lo anterior, observamos que el cuidado mutuo también desborda los límites del lugar de trabajo, evidenciándose también preocupación por el cuidado de los/as hijos/as y por las situaciones de violencia doméstica que sufrían algunas compañeras. En este sentido, las temporeras refieren que: “había casos donde una mamá cuidaba a todos los/as niños/as de quienes estaban trabajando (Encuentro Temporeras 2024) o cuando “a veces llegaban compañeras llorando y nosotras, en ese momento nosotras nos tirábamos para arriba (...) pero en ese momento nosotros la pasábamos bien, nos reíamos, en ese momento nosotros los mandábamos a la cresta un rato a los hombres, para pasar las penas” (en Bujes y Espinosa 2015:143). Es así como como a pesar de la falta de soporte familiar y del dolor sufrido, se buscaban estrategias conjuntas para subir el ánimo, para “recuperar la alegría sin perder la indignación” (Lorena Cabnal en Patiño 2023).

Todas estas prácticas y gestos de solidaridad y complicidad nos hablan de la capacidad de las temporeras de poner el cuerpo para cuidarse unas a otras, de resonar con las penas y alegrías del día a día, de su capacidad de reciprocidad y de implicación afectiva (Méndez 2023). Bálsamo de cariños y ternura entre tanta crudeza que les permitieron sobrellevar las extenuantes temporadas de cosecha, sosteniéndose colectivamente ante las injusticias, los malos tratos, así como a las demandas excesivas de producción y la violencia doméstica. Prácticas y gestos cotidianos, manifestados en risas, abrazos, cuerpos presentes, cuerpos que se cubrían unos a otros.

El Fogón como forma de Resistencia

Ante la ausencia de comedores, las mujeres se sentaban todas juntas -en el suelo bajo los parronales- a comer y compartían sus almuerzos con las que no llevaban; prendían un fuego para calentar la comida o tomarse un té, conformándose así un espacio donde no sólo se alimentaban, sino que también en el cual podían encontrarse, reponer fuerzas,

52 En Bujes y Espinosa 2015

conversar y distenderse diariamente durante la temporada de cosecha. En este contexto, se entremezclan recuerdos cargados de afectos que dicen relación con la carencia y la falta de instalaciones básicas, debiendo comer “tiradas en el suelo, en la tierra” (Mariana, Temporera antigua, 2024). De igual modo, se rememora la pobreza de aquella época en la que escaseaba la posibilidad de comprar alimentos para cocinar y llevar. Tal como refiere Nelly: “nosotros si nos terciamos con muchas cosas antiguamente. Nosotros llevábamos el almuerzo y cada una llevaba su vianda y a veces uno miraba sus ollitas de todas, porque como todas pobres; algunas llevaban carne otras no llevaban, otras llevaban fideítos blancos, sin salsa y así. Nos compartíamos todas, las ensaladas, todo (en Bujes y Espinoza 2015:61). Junto con lo anterior, se valora el compañerismo de esos tiempos, en los cuales “era muy bonito el compartir, porque nos íbamos todas juntas, volvíamos allá, compartíamos el té” (Susana, Temporera antigua, 2024), así como las bromas que se hacían que les permitían reírse y pasar un buen rato juntas, tal como señalan Ana y Consuelo respectivamente: “era lindo sentarse en el suelo, calentarse comida con todas, echar la talla” (Temporera antigua, 2017) o “a veces las niñas pelusonas me cambiaban la olla, y me equivocaba siempre de las comidas, bueno, pescaba y se reían” (Temporera antigua, 2024).

Considerando lo anterior, proponemos que la práctica del fogón se transforma en un tiempo/ espacio para compartir desde la vulnerabilidad, lo que va configurando un entramado colectivo que permite diariamente sostenerse y acuerparse. En este sentido, se afiatan los vínculos que van permitiendo la producción de lo común (Gutiérrez 2020) entendido como un “proceso que organiza la interdependencia (...) poniendo en el centro la defensa y la afirmación de la vida. En medio de aquello que las separaciones y los procesos de despojo múltiple han buscado negar, erosionar, fragmentar o alterar, la producción de lo común es un ejercicio de reconexión, recomposición y reapropiación” (Gutiérrez 2020:16). En este caso, un ejercicio cotidiano, permanente de reafirmación y compromiso entre las mujeres temporeras: de estar de cuerpo presente y disponibles para la acción, el cuidado y la protección mutua. En sus propias palabras: “había compañerismo entre las mujeres, éramos un grupo de compañeras, nos juntábamos en esa conversa” (Encuentro Temporeras 2024).

En el tiempo/ espacio del fogón, también se compartían experiencias, aprendizajes que se transmitían de una generación a otra y a las nuevas temporeras que iban ingresando, configurándose una cadena de solidaridad que actuaba como una especie de protocolo no escrito que trascendía la temporalidad, interconectando distintas generaciones en la protección de las vidas: “había apoyo de las adultas a las más jóvenes, después había que hacer lo mismo” (Encuentro de Temporeras 2024), a saber, acoger, enseñar, proteger a las

que estaban empezando. Este apoyo también se daba en el trabajo en terreno en donde se traspasaban in situ los saberes aprendidos producto de los años de experiencia. Al respecto Rita refiere: “a mí me enseñó una amiga que se llamaba Paty, ella me enseñó a limpiar la uva, porque yo no sabía. Y ella dijo, mira es así y así. Y yo igual iba con nervio, porque no sabía, mi primera vez y ahí estaba la abuelita y “si tú lo haces con amor, todo le va a salir bien” (Temporera antigua, 2017). En este sentido, se iba forjando una ética de la relación, la que trascendía “la propia experiencia y posición al congregarse con cuerpos diversos y generar nuevos espacios de cuidado” (Méndez 2023:s/n). Es así como también, se apoyaba a las más “lentas”, que por falta de experiencia no alcanzaban a cumplir las metas diarias impuestas. Tal como Julia recuerda: “claro, a veces llegaban personas que eran muy lentas para trabajar, que trabajan por primera vez, entonces uno salía antes, por ejemplo, de la hilera, la hilera se le llama toda la corrida de parras (...) y a la otra niña no sé, le faltaban diez parras, y la que quería iba y le ayudaba para salir de sus diez parras” (Temporera antigua, 2024).

En este contexto, se va forjando un sentimiento de pertenencia e identidad, dado por la vivencia de experiencias comunes, que les permitían sentirse iguales ante las “pellejerías y los maltratos”; reconocerse en el dolor de las compañeras y en la esperanza de reencontrarse a la temporada siguiente. Es así como, se refiere que el “el grupo se iba afiatando, porque se encontraban todos los años” (Encuentro Temporeras 2024) y “nos fuimos como haciendo grupos, como que éramos las mismas que íbamos a los diferentes lugares” (Temporera antigua 2024), “uno iba en familia, compartía, no estaba sola” (Encuentro Temporeras 2024). En este entramado de afectos, los vínculos se iban fortaleciendo en un cuerpo colectivo que resistía a las diferentes opresiones a las que eran sometidas. En este sentido, proponemos comprender este hilado de interdependencia - encarnado en la metáfora del fogón- como un “contracercamiento” (de Angelis 2012) en tanto oposición al medio de producción y a las lógicas neoliberales imperantes o una ecofrontera (Blásquez 2021) en cuanto tiempo/espacio de gestación de formas organizativas y prácticas políticas cotidianas, en miras a formas de relacionarse en base a la dignidad.

Si bien durante las primeras décadas de instalación del agronegocio en el territorio no hay registro de organización formal en el sector agroexportador, creemos que las prácticas relatadas anteriormente, encarnadas en el tiempo/espacio del fogón, en tanto práctica ritual diaria de encuentro, cuidado y distensión, permitió ir sentando las bases para la conformación del primer sindicato de mujeres del territorio, a saber, el Sindicato N° 1 de Mujeres Asalariadas Agrícolas de Vicuña, integrado en su mayoría por temporeras antiguas. En este sentido, planteamos que la experiencia compartida de indignación frente al constante atropello de los derechos laborales, la solidaridad y complicidad

entre las mujeres, así como el cuidado y el apoyo mutuo -que permitieron ir forjando este entramado de afectos entre las temporeras del territorio- favorecieron la posterior articulación de la acción colectiva a nivel local. En este contexto, evidenciamos las interconexiones existentes (muchas veces invisibilizadas) entre una resistencia cotidiana, silenciosa e íntima con una resistencia “hacia afuera” que comienza a ocupar los espacios públicos y articularse con las instituciones y actores locales con la finalidad de asegurar la dignidad de las condiciones de trabajo de las mujeres temporeras en el territorio.

Conclusiones

El presente artículo nos permitió ir develando las interconexiones existentes entre el entramado de cuidados, complicidades y afectos con las prácticas de resistencia cotidiana, así como con la capacidad de organización formal durante las décadas posteriores en el territorio. En este sentido, la frase “entre todo lo malo: algo bueno había”, nos habla de las posibilidades de emancipación y de subvertir las opresiones cuando se coloca en el centro la vida de quienes se sostienen colectivamente desde su vulnerabilidad. Nos habla de la posibilidad, tal como plantea Gago de desplegar “un contrapoder (incluso de un doble-poder) (...) de un poder de otro tipo: invención común contra la expropiación, disfrute colectivo contra la privatización y ampliación de lo que deseamos como posible aquí y ahora” (2019:9), permitiéndonos nutrirnos -también en la actualidad- para soñar alternativas de futuros posibles.

Bibliografía

- Blásquez, L. (2021), Ecofrontera. Análisis ecofeminista de los espacios intersticiales como cuerpos-territorios. *Ecología Política* (61), 22-29
- Braun, V. y Clarke, V. (2006), Using thematic analysis in psychology, *Qualitative Research in Psychology*, 3 (2), 77-101.
- Bujes, J. y Espinosa, M. (2015). Memoria e identidad de mujeres temporeras en el Valle del Elqui. Santiago de Chile: Editorial: Impr. Grattillo.
- Cabnal, L. (2019). El relato de las violencias desde mi territorio cuerpo-tierra. En Leyla, X. e Icaza, R (Comps) *En tiempos de muerte: cuerpos, rebeldías, resistencias* (113-126) Buenos Aires: CLACSO.
- Calixto, A. (2022) Pulso autoetnográfico: La urgencia de un enfoque afectivo para la antropología social. *Etnografías afectivas y autoetnografía*. En *Investigación y Diálogo*

para la Autogestión Social (Comps) Tejiendo Nuestras Historias desde el Sur Textos del Primer Encuentro Virtual 2022 (57-69), Serie de Publicaciones Autogestivas.

Cerda Becker, C. (2024) Prekariisierung und Prekarität im Globalen Süden: Der Traubenexportsektor im Elqui/ Limarí Tal (Chile) und San Francisco Tal (Brasilien). Dissertation zur Erlangung des akademischen Grades doctor philosophiae (Dr. phil.). Friedrich Schiller Universität Jena, Alemania.

Cid, B. (2001) Trabajadoras temporeras de la agroindustria: núcleo de contradicción en el nuevo mundo rural: desafío a las políticas públicas, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Programa de Estudios Desarrollo y Sociedad.

Corona, S. & Kaltmeier, O. (2012). En diálogo. Metodologías horizontales en ciencias sociales. En S. Corona y O. Kaltmeier (Comps), En diálogo. Metodologías horizontales en ciencias sociales y culturales (11-24), Gedisa

Fernández-Camacho, M (2021). Una metodología militante: “parar para pensar”, *LiminaR*, 19(1), 15-29.

De Angelis, M. (2012), Marx y la acumulación primitiva. El carácter continuo de los “cercamientos” capitalistas. *Theomai*, (26, julio -diciembre)

Gago, V. (2019). La potencia feminista: o el deseo de cambiarlo todo. *Tinta Limón*.

Gutiérrez, R. (2020) Producir lo común. Entramados comunitarios y formas de lo político, *Re-visiones* (10)

Kay, Cristóbal (1981), The hacienda system, proletarianization and Agrarian Reform: The roads of the subordinate peasant to capitalism. En Beatriz Albuquerque; Mauricio Dias David (Comps): El sector agrario en América Latina. Estructura y Cambio Social (23-38) Instituto de Estudios Latinoamericanos de Estocolmo.

Lara Flores, S. y Grammont, H. (2011) Reestructuraciones productivas y encadenamientos migratorios en las hortalizas sinaloenses En Sara Lara Flores (Comps), Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva (33-78) México: IIS-UNAM; El Colegio Mexiquense; Porrúa.

Lovera Montilla, L. (2023), Gabriel y yo: análisis autoetnográfico sobre la masculinidad, paternidad y violencia pediátrica, *Physis: Revista de Saúde Coletiva* (33), 1-21

Méndez, M. (2023), Acuerpar: The Decolonial Feminist Call for Embodied Solidarity Signs, *Journal of Women in Culture and Society* (49.1), 37-61.

Murray, W. (2002) From dependency to reform and back again: the Chilean peasantry in

the twentieth century. *Journal of Peasant Studies* (29), 190-227.

Patiño, D. (2023), A philosophical conversation with Lorena Cabnal from Guatemala, *Revista Estudos Feministas*, 31(3).

Rambo, C. (1995), Multiple reflections of child sex abuse: An argument for a layered account, *Journal of Contemporary Ethnography*, (23), 395-426.

Rangel, T. (2023) La autoetnografía en los estudios corporales. Reflexión metodológica desde los proyectos corporales, *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*, (41), 10-20.

Rea, D. (2020), *Ya no somos las mismas y aquí sigue la Guerra*, México: Grijalbo

Scott, James C. (1985) *Las armas de los débiles. Formas cotidianas de resistencia campesina*. Yale University Press.

Ulloa, A. (2021), Repolitizar la vida, defender los cuerpos-territorios y colectivizar las acciones desde los feminismos indígenas, *Ecología Política* (61), 38-48.

Valdés, X.; Riquelme, V.; Medel, J.; Rebolledo, L.; Oxman, V.; Quevedo, V. y Mack, M. (1987) *Sinopsis de una realidad ocultada: (las trabajadoras del campo)*, Santiago: CEM.

Valdés, X.; Rebolledo, L.; Pavez, J y Hernández, G. (2014) *Trabajos y familias en el neoliberalismo. Hombres y mujeres en las faenas de la uva, el salmón y el cobre*. Santiago: LOM Ediciones.

Venegas, S. (1992) *Una gota al día... Un chorro al año... El impacto social de la expansión frutícola*. Santiago. LOM Ediciones.